



72

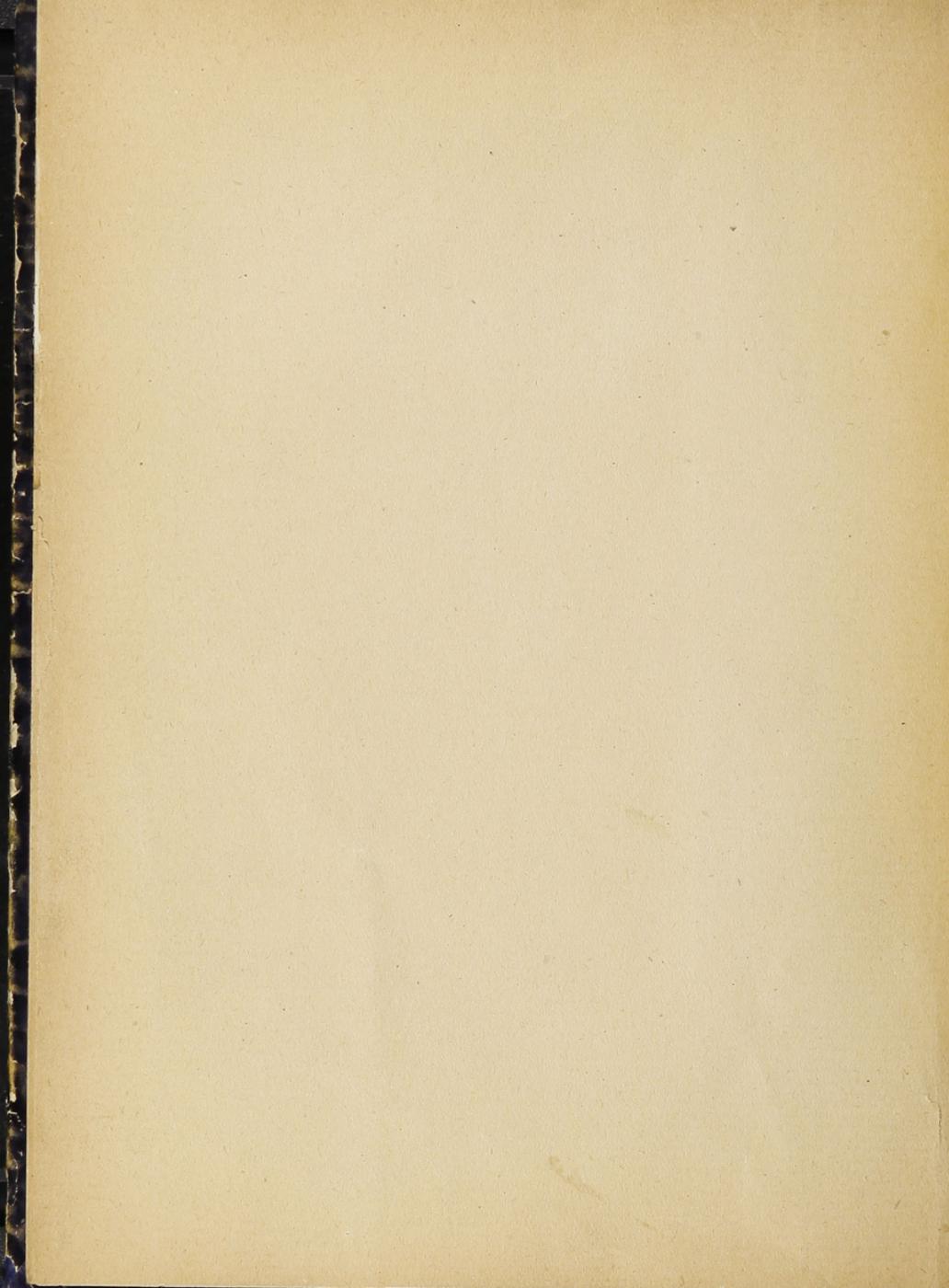
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección *such*
Clasificación *9A(307-7)*
Cutter
Año Ed. *1935* Copia *2*
Registro Seaco *S/R*
Registro Notis. *AA33472*

BIBLIOTECA NACIONAL



0195686



DOLINGO GONZALEZ KUNIA

#(691-39)



SHACO

ELEGIAS

DOMINGO GOMEZ ROJAS

ELEGIAS

Prólogo de

A. ACEVEDO HERNANDEZ



EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO 1935 CHILE

buch

1935

1935

1935

C. 2

AAB 3472

Es propiedad del editor.
Inscripción número 3677

N.º 1438

Impreso en los Talleres de
la Editorial Nascimento
= Ahumada 125 =
Santiago de Chile. 1935.

A manera de Prólogo



GOMEZ ROJAS

(1896-1920)

Qué relación de continuidad podría establecerse entre e
Gómez Rojas que escribió en 1913 la estrofa que dice:

Yo, hijo de este siglo hipócrita y canalla,
reniego de mi siglo y salgo a la batalla
con gritos de amenaza y ayes de rebelión,
y son mis cantos rojos, como la dinamita,
y como mis dolores, como mi ansia infinita,
como mi sed eterna de eterna redención.

y esta otra:

Silencios, trágicos como los cuchillos,
tósigos amargos como un vino turbio,
son los dramas tristes de los conventillos,
son los dolorosos dramas del suburbio,

y él, que expresó con el alma perdida en la eternidad, y el corazón traspasado de sombras dolorosas como las espinas de Cristo, versos que son como oraciones empapadas en el más puro misticismo, misticismo que podía alcanzar la luz del que hizo santo al Pobrecito de Asis o el que exaltó a la santa de Avila. Escuchadlo:

Ante el santo paisaje me detengo
con la solemnidad de alguien que mira
la belleza de Dios: Virgen desnuda!

Y como blanda mano sobre el labio
siento que la palabra se me adentra
como un grumo de miel, y que me callo.

Y así, frente al paisaje, sólo siento
la sensación imperceptible, diáfana
de no sentir la carne ni la vida...

Y el éxtasis de Dios me inunda todo!

Oídlo aún:

Como un milagro siento que la vida
florece con la sangre de mi herida.
(Sobre mi corazón pongo la mano...
siento como se pudre mi tristeza).

El éxtasis de Dios es mi belleza
y el éxtasis de Dios no está lejano.
(Tiembla mi corazón estremecido:
sobre mi corazón Dios se ha dormido).

Pregunto: ¿Hay alguna relación entre el hombre que escribió estos poemas y el anterior? El primero es un niño, un tumultuoso revolucionario, un hombre que sólo ve la miseria escalofriante del pueblo abandonado, del pueblo triste, enfermo de todas las hambres; del pueblo eternamente insatisfecho y eternamente ofendido.

Del pueblo que muere en el suburbio, del que cae en las cantinas y en la casas de amor.

Una vez me dijo:

—¿Crees que ese gatito que hay muerto en la acera es tan lamentable como un obrero destrozado por cualquiera muerte y que estuviera en el mismo sitio? No. Ese gatito puede dar motivo para que una aficionada un tanto romántica haga una fotografía. El obrero muerto, en cambio, daría asco, a nadie le importaría.

Su mirada detenida sobre el gatito, brillaba de un dolor irónico; su labio temblaba.

Y era verdad. El sabía que las damas sensibles lloran la

muerres—acaecidas en las novelas—de Margarita Gauthier o de algún obrero heroico que cae en la faena, o del soldado desconocido; pero lanzan a la calle envuelto en las ondas de desprecio de su mirada, y empujado por los gritos histéricos de su neurosis, al niño hambriento que no conoce los besos, ni—apenas—el pan.

Conocía Gómez la tragedia del burgués que explota y el martirio del ser que sufre y que para consolarse busca el vicio. Fijaos como lo pinta en su *Crepúsculo Projano*, escrito en las lindes de la niñez:

Los rostros tienen algo de fiera
cuando aún el licor no los domina,
y en más de alguna frente, hay la tristeza,
la tristeza del tedio, que asesina.

A veces un borracho, la cabeza
apoya en el mesón de la cantina,
es que el licor a trastornarlo empieza
con el velo fatal de su morfina.

A veces pasa algún bohemio errante
que sueña con la estrella más distante
y pide en la cantina algún licor;
a veces pasa el que será suicida,
y pide, para el tedio de la vida,
algo que le anestesie su dolor.

Allí llegan también los fracasados,
los dolientes, los parias de la vida,

los que nunca supieron ser amados,
los que nunca han tenido una querida;

los que han cruzado todos los caminos,
los que han sufrido todos los dolores;
los que nunca en su fe de peregrinos
bebieron el amor de los amores.

Allí llegan también los mercaderes
de la prostitución, los que a porfía
buscan en la cantina los placeres
para acallar su gran melancolía.

Allí también concurre el emigrante,
que al rostro de la muerte lanzó el guante
y al rostro de los hombres, ¡maldición!
Allí está el vagabundo aventurero
que ha maldecido con su gesto fiero
el siglo de la civilización!

Vivía Gómez Rojas en ese ambiente, sintiendo intensamente la tragedia cotidiana del pueblo, viviéndola él mismo; era su camino una senda de dolor esperanzado, destrozaba su corazón, sembraba gotas de sangre en su sendero; mas, esperaba que de esa siembra salieran frutos de redención.

Era un creyente. El enjambre humano era para él como un colmenar que forjaba los panales de la redención. Tenía una confianza ilimitada en la acción del pueblo, en su evolución y en su orientación. Trataba por todos sus medios de elevarlo, de dignificarlo. Orador fogoso y claro, hablaba

en términos exaltados; pero jamás sus discursos fueron hueca palabrería, despreciaba la pirotecnia; sabía que para convencer debía ser claro, emitir conceptos simples, elementales. Sabía que el problema de la felicidad, de la comprensión humanas, carece de sofismas. Y así hablaba.

¿Cómo pudo transformarse en tal forma su verbo revolucionario? ¿El misticismo que informa su labor postrera habría desviado su sensación que podría llamarse apostólica?

Hay que considerar que fué detenido y sacrificado por revolucionario, y que cuando esto sucedió, su obra era netamente mística. Se había convertido en un cantor de la muerte, como lo dicen casi todas sus estrofas. Tomo una al azar:

Palidez de marfil, las femeninas manos
acarician con alma todas las pobres cosas,
y ponen en la frente de los buenos hermanos
un arco florecido de estrellas y de rosas.

Y espero que el futuro se tornará divino
para las almas tristes que apretuja la suerte,
y que tus manos guíen mi sombra en el camino
para llegar desnudo de dolor a la *muerte*.

Otros versos dicen:

Yo sé que fatalmente, en la tierra sombría
soy un muerto que vive esperando la *muerte*.

Este poeta del presentimiento y del dolor, ¿era capaz de forjar alguna injusticia? ¿Era capaz de mentir un alma tan purificada?

Y entonces, ¿por qué fué sacrificado?

¿Queréis escuchar algunas estrofas de sus elegías de la Cárcel? Moría, se sentía morir; las celdas eran para él tumbas, lápidas los hierros; y sólo en una ocasión su garganta se vió herida por terribles *trenos* que lanzó al juez que no lo supo comprender. Siempre en su voz hubo amor y perdón! ¡Amor, perdón! ¡Y sentimiento del futuro! Siempre fe en la redención. Su apostolado se hizo claramente humano, vibró su protesta sobre los malos, compadeció—sin compadecerse a sí mismo—a los miserables, a los esclavos, a los seres que caen hasta sin esperanza!

He aquí algo escrito en la Cárcel:

Por eso nada importa, Madre, que a tu buen hijo
 los pobres hombres quieran herir. ¡Piedad por ellos!
 Piedad, piedad, piedad! Mi amor ya los bendijo:
 que la luz de los astros les peine los cabellos!

¿Habría necesidad de repetir que este sacrificado genial era casi un niño? ¿Será necesario deplorar hasta la protesta, hasta el grito, la injusticia que nos privó de su obra y de su vida?

Conocí a Gómez Rojas en 1913.

Yo era un desorientado, un obrero que había sufrido mucho y que buscaba la manera de expresar mi protesta. Hecho el balance de mi sufrimiento y extraído el vino de esa vendimia sólo había acopiado un drama: «En el rancho» un dra-

ma de dolor del inquilinaje y algunos apuntes para otros dramas, la manera única que pude encontrar para comunicarme con los demás. Gómez Rojas era estudiante. Moreno, fino de facciones, alta frente, espesa cabellera, boca fina, sensual e irónica, ojos pequeños e incisivos, voz acariciadora y ademán definido, me llamó la atención, y a pesar de mi desconfianza y hostilidad hacia los seres humanos—que he conservado hasta ahora—me acerqué a Gómez. (Después me he acercado a Mariano Latorre).

—¿Viene del campo?—me preguntó.

—Del campo, ¡y me han azotado!

—¿Y qué piensa hacer?

—¡Nada! Qué voy a hacer.

Después de varios segundos de silencio, en que sus ojos horadaban mi pensamiento, le dije:

—Tengo esto.

Le entregué mi drama. Lo leyó. Su comentario fué preciso:

—Hay que representarlo. Está en él la cuestión social. Vale tanto como cualquiera de los de Sánchez, Florencio Sánchez.

—¿Quién es Florencio Sánchez?

—El gran autor uruguayo. Está bien.

Y desde aquel momento su palabra se dedicó a aconsejarme, a enseñarme.

Esa misma tarde estuvimos juntos en los centros obreros; cuando ya fué noche me dijo:

—¿Dónde va Ud.?

—¿Yo? a ninguna parte.

—¿No come?

—Hoy no, no puedo hacerlo.

—Venga a mi casa.

Nos hundimos en el arrabal. La calle San Diego, Victoria, bordeada de canciones báquicas, de flores, de puñal, de llamados de pecadoras. Fango, obscuridad, estrellas estranguladas por una noche negra y pesada. Llegamos. Penetramos por una gran puerta. Salió una señora, la madre del poeta, la que llenó sus últimos poemas, la que endulzó todos sus instantes.

—Mamá, este compañero viene a comer conmigo. Ya me había conducido al borde de una gran mesa que campaba bajo un corredor, en una silla, un gato y, cerca del muro, una tortuga, todo iluminado por un reflector de luz amarilla.

La señora lo llamó y le habló. El se rió largamente.

—Mamá no se preocupe: traiga lo que haya en dos platos; repártalo a la manera salomónica.

Y así fué como esa noche comí medio plato de frejoles en la casa del poeta que mejor supo en Chile evocar la eternidad y que, llamado por ella, por su amor arcano, nos abandonara demasiado pronto.

Fantástico en grado sumo. Me habló de sus proyectos estupendos y me demostró que sería inmensamente rico cuando se le ocurriera. Un casamiento con una burguesa bastaría...

Creía plenamente en él; estaba convencido que llegaría a ser el más grande poeta chileno.

No hablaba mal de nadie. Amaba, especialmente, los versos de Jara, Mondaca, Magallanes y Prado. Pero le fascinaban los revolucionarios de porte como Ghiraldo, y los poetas dolorosos como Almafuerte.

Dijimos juntos aquellos versos del *Misionero*, aquellos versos que parecen una torre:

«¡Y se quedó de pie, como una idea
que se va del cerebro y queda trunca!»

Hacia frío. Salimos. El suburbio era un enigma que yo trataría de desentrañar en mis dramas. Era un salmo que el poeta niño cantaría sonora y trágicamente, era un laberinto que nos perdería dentro de su dominio sin luz...

¡El suburbio!

¿Cómo son las estrellas del suburbio? La luna ¿está herida por una puñalada? Las sombras ¿tienen garras? ¿Qué tienen los rojos y feroces vinos del suburbio? ¿Qué dicen las voces desdentadas y las fiebres de tisis y de todo? El suburbio, aquelarre de la muerte, del dolor que muerde blasfemias y que se ahoga en vicio, donde el puñal, buzo de la eternidad, traza sendas rojas, traza arabescos rojos. El suburbio que se niega siempre en su fantástico realismo.

—El suburbio se levantará alguna vez decía Gómez.

Más tarde yo escribí una crónica en la que narraba el avance del suburbio hacia la ciudad. Oh, el suburbio...

Amigos, sí, lo fuimos; pero yo no fui jamás aquel místico de la revolución; ni yo, siendo pueblo, tuve confianza en el pueblo, ni él en mí. El pueblo siempre dividido, siempre indisciplinado, yo buscando en mí al escritor que todo caudillo fracasado lleva dentro. Y el pueblo marchando de incoherencia en incoherencia, siempre, siempre...

Fundamos juntos compañías de teatro que dieron mis dramas; reñimos, por fin nos alejamos. Voy a recordar una acción que revela el alma de este gran poeta.

Mi madre, una campesina rústica y de enorme comprensión y bondad, quiso a Gómez con ese amor simple que di-

viniza los campesinos, y él, que tenía buena voz, iba muchas veces, por las tardes, a cantarle canciones, emocionándola hasta las lágrimas.

Dije que Gómez Rojas era estudiante, y era un estudiante pintoresco, uno de esos muchachos que tejen y destejen los desenlaces en los libros de los novelistas rusos. Nihilistas, más románticos que nihilistas, hombres que aman el arte sobre todas las cosas y que comprenden que la organización social podría ser una obra de arte, y que lo sería, si los hombres dejaran trabajar a la justicia.

Conocedor del suburbio, de las casas donde el amor no es amor, donde los moralistas dicen que mueren la vida, la muerte y la probidad, y donde, sin embargo, encuentran virtudes infinitas los Tolstoy, y los Alejandro Dumas (hijo), y los Vidal y Planas, su comprensión se desarrolló infinitamente.

Poeta antes que todo, luchó por su perfeccionamiento, llegando del rapsoda verbal, del arengador de muchedumbres al poeta doloroso, casi esotérico, que supo como nadie de la ternura y de la muerte, y que comulgó con todo lo hermoso que ofrece la vida, que llegó a lo que se puede llamar plenamente, la santidad.

En su vivir fué pintoresco, debió de sortear muchos sarcasmos, y también los lanzazos de la miseria y, desde luego, los de la envidia. Siempre llevaba trajes que le iban más grandes que lo necesario; siempre estaba haciendo servicios a todo el mundo, enseñando cuestiones de arte y escribiendo. Fué un gran trabajador, un escritor supremamente orientado. En aquella época nadie hablaba aquí del teatro sintético y él lo ensayaba, aunque no llegara a lograrlo. Leía sin des-

canso y anotaba los libros. Tenía devoción por muchos poetas, ya lo he dicho, no negaba a nadie; en la obra de todos, por humilde que fuera, encontraba motivos de belleza, puntos de partida. Animador, nadie lo ha sido como él. No sé que algún espíritu oscurecido saliera sin luz de su lado; se daba continuamente; tenía un ansia infinita de darse.

Se le acusó de plagiarlo. Se llegó a creer que el magnífico poema «Miserere» lo había plagiado a Fernández Ardevín, un poeta de tercer orden...

Esto le amargó profundamente.

Aficionado a lo teatral, devanó sobre su vida una ficción brillante que debió darle mucha satisfacción. No era posible que con su firma *José Domingo Gómez Rojas*, entregara versos finos, aquel era un rapsoda acusador de la canalla explotadora que diezma en ingenios y en campos a los trabajadores; pero en él había nacido otra expresión, otro poeta que no tenía ninguna relación con Gómez Rojas. Aquel poeta era *Daniel Vásquez*. Se acercó al café de la bohemia de aquel tiempo (1916), que estaba situado en la Avenida Matta y era de un simpático español, *D. Federico*, que tenía una linda chiquilla: la *Julita*, y allí, misterioso y emocionado, nos contó que había descubierto un poeta formidable: Daniel Vásquez, y nos leyó versos de aquel diablo de poeta incógnito. Algunos no le creyeron, otros, yo entre ellos, estuvimos convencidos de que Vásquez era un hombre nuevo y de altas prendas. Quedó en invitarlo a nuestro Café, que se llamaba *Café de los Inmortales* y que llevaba ese nombre, precisamente, por acudir allí *Gómez Rojas*, *Manuel Rojas*, *José S. González Vera*, yo y otros, entre ellos el gran poeta del pueblo *Francisco Pezoa*; pero no lo llevó nunca.

Por ese tiempo la nidada de *Selva Lirica* iconoclasta y efectiva, construía su gran Antología, y el grupo *Los Diez*, seleccionaba escritores.

Primaban en el primer grupo Juan Agustín Araya (O. Segura Castro), buen poeta y lleno de ansias renovadoras y Julio Molina Núñez, también poeta y también lleno de inquietud y de ansias de justicia.

El grupo *Los Diez*, era formado por la aristocracia de las letras. Dirigía *Pedro Prado*, pontificaba *Ernesto Guzmán*, y escribían *Armando Donoso*, *Angel Cruchaga*, *Eduardo Barrios*, *Federico Gana*, *Arturo Capdevila* y otros grandes.

Entre los dos grupos se extendía, como un puente, Gómez Rojas, que tenía la virtud, o defecto, de estar en todas partes. ¡En todas partes! Entre los políticos, en los Ateneos, entre los estudiantes. En todas partes!

Recuerdo que cuando expulsaron injustamente a don Tancredo Pinochet de la dirección de la Escuela de Artes, Gómez Rojas era corrector de pruebas-redactor de «El Chileno», del que era propietario un caballero católico—enemigo naturalmente de Pinochet—D. Enrique Delpiano.

Gómez Rojas fué a la Alameda y en el *mitin* que allí se llevaba a efecto, habló contra el Gobierno... y a nombre del diario «El Chileno». Y así fué como D. Enrique Delpiano, vió con profunda sorpresa que el pueblo desfilaba ante el edificio y aplaudía el diario.

Naturalmente, cuando se supo que el milagro se debía al discurso de Gómez Rojas, éste fué despedido en la forma más violenta.

Salió a la calle riéndose a carcajadas.

En muchas ocasiones desesperó a la policía. El fué el

inventor de los mítines relámpagos—por lo menos yo lo creo así.—Se subía, por ejemplo, a la tribuna, cargaba la policía, escapaban, el grupo de pueblo subía en hombros a Gómez y empezaba de nuevo el mitin. Y así...

Su dinamismo no tenía límites. Así derramaba su vida; aplicaba la ironía hasta a la piedad. Todas las formas de lucha le satisfacían y de todas sacaba partido.

Y no se crea que el pueblo, que él defendía y por el cual murió, lo comprendía. También el pueblo tuvo para él frases envenenadas. Frases que lo hacían sonreír, solamente sonreír; si bien sabía repeler los ataques de la burguesía, justificaba—en el pueblo—las más atroces incoherencias.

No escribió versos de amor, aunque tuviera un amor del cual quedóle un hijo. Nunca se jactó de conquista alguna. Era romántico, les decía madrigales a las mujeres perdidas y amaba a las niñas apenas salidas de la infancia.

Una mujer, hoy sabia en dolor y amor, me decía hace algún tiempo:

—No me importa el dolor, ni el desamparo, Gómez Rojas fué el primero... el primer amor.

Y lloró desconsoladamente por ese amor que no se ha parecido a ninguno de los espigados después.

Escribió un *diario íntimo*, en el que figura una mujer.

Empieza este diario el 1.º de Enero de 1916. (Noche).

Dice:

«Hoy he visto a la señorita Amalia Paul, con su hermanito Julio César, en la tarde, todo: por las milagrosas casualidades.

«Señorita Amalia:

«Estoy tan agradecido de Ud., que nunca podré decirle todo lo que debo a su bondad. Ud., sin quererlo, quizá, por esa caridad espontánea de ser buena, me ha dado cada vez y en cada instante, supremos dones.

«No se admire de mis agradecimientos, Ud. me ha dado la gracia viva de sus palabras, me ha dejado penetrar por las sendas flúidas de sus pensamientos, me ha donado el encanto divino de sus sonrisas, la ingenuidad infinita de sus confidencias, la iluminación de sus ojos, el espectáculo de su belleza, la magnificencia de sus menores gestos, la elegancia sutil de sus ademanes y, más que todo esto, me ha concedido el altísimo don de llegar a escuchar en la fuente sonora de su espíritu la música interior de su alma tan delicada, tan llena de Dios, tan propicia al ensueño loco de mi imaginación, su alma llena de juventud, alma donde vibra estremecida la maravillosa ofrenda de los recuerdos perdurables y donde se manifiesta—trémula de infinito—la eternidad que tiembla en los jardines de su mundo interno.

«Por eso mi acción de gracias es una oración inefable que se traiciona en mis palabras y que sólo palpita entera en el fondo humilde de mi corazón que, por todo ello, sufre los deliciosos éxtasis que no podré traducir nunca en la prosa ni modular en el ritmo santo del verso.

«Mi acción de gracias es un himno hecho de silencio, himno que no dirán nunca mis labios y que no podrán decirse jamás con las palabras de los hombres de la tierra».

Decidme, ¿no tiene este amor la misma sensación, el mismo ritmo que informaron las pasiones de los amadores clásicos

que supieron extasiarse y hundirse en el amor como un rayo de sol en un lago de silencio y de transparencia infinita?

Fechados en la misma noche, escritos probablemente a continuación de las páginas del *diario*, apuntaba al margen del papel, escritos en borrador, los versos que siguen:

OFRENDA

Yo nada puedo darle, nada digno que pueda tener magnificencias de espíritu y de Dios, yo soy un pobre niño que entreteje la seda de sus versos con sangre del propio corazón.

Yo amo la vida, y la amo porque es santa y es buena, porque en la vida pude mirar la luz del sol, y porque vi el milagro divino de sus manos y porque son sus manos un prodigio de Dios.

Yo amé la vida porque por las tardes dolientes escuché la armonía del viento, y la canción de las aves errantes, y el ritmo de las fuentes y la música viva que palpita en su voz.

Yo amo la vida porque consoló mi tristeza poniendo en mi sendero la dulce aparición de su perfil tan lleno de gracia y de belleza. Yo amo la vida porque la pude así, ver yo.

Quisiera que un día lejano de las huellas
que trazo en esta tierra con todo mi dolor,
verla en la luz magnífica de lejanas estrellas
en un jardín de fábula donde estuviera Dios.

Y en el jardín lejano de la vida y la muerte
gozar con los encantos suaves de su amistad,
y, lejos de este mundo, deslizar nuestra suerte
por un feliz ensueño, por una eternidad.

ENVÍO

Mis versos son sencillos y tienen mi alma entera
y son hechos con rizos de mi humilde emoción,
y al querer que sus manos los reciban, quisiera
atarlos con las hebras luminosas del sol.

Nada valen mis versos, nada valen mis prosas
y para que tuvieran a sus ojos valor
quisiera que mi sangre se cuajara de rosas
y que manara versos desde mi corazón.

He aquí el apasionado, el apasionado de la vida que le permitía gozar de la luz del sol y de la presencia de una mujer que tal vez nunca supo de su amor, ni de sus fervorosos pensamientos.

Sigue el *diario*; habla de Exequiel Plaza, el gran pintor chileno, de Pedro Luna, el magnificante desequilibrado artista, del español Prída, de Pastora Imperio, de los maes-

tros pintores. ¿Y de Amalia? Amalia desaparece de sus versos y de sus recuerdos. ¿En qué rincón oscuro de la vida se perdió esa visión que tan magníficamente supo impresionarlo?

Parece totalmente cogido por la bohemia. Escribe:

«Noctambuleamos con Plaza y Juan Manuel Rodríguez después de haber visto a la Imperio. Fuimos donde María Luisa».

Anota a continuación un concepto de Ibsen:

«No quiero proponer una doctrina ni erigir una moral; quiero solamente recordar lo que observé y sentí en la vida».

Por fin, aparece la señorita Paul, que lleva a la Redacción de «Selva Lírica» un soneto de su madre. Anduvo con ella. Habla de arte, de lectura, vive con pintores, anota un concepto de Azorin:

«Poetas: ¡Observad vuestro tiempo;
sentid vuestro tiempo;
amad vuestro tiempo;
cantad vuestro tiempo!»

Habla después, apasionadamente, de una entrevista hecha a Pastora Imperio y de un soneto que escribió y leyó a la artista. Anoto dos sonetos que aparecen en el *diario*:

A LA PASTORA IMPERIO

El pasado fué ensueño luminoso en tu espera,
pues tu voz resonaba como en un caracol;

y en los presentimientos de tus amores era
nuestro anhelo infinito como inmenso arrebol.

Hoy hemos florecido como una primavera
y te ofrendamos toda nuestra alma hecha de sol;
y cuando ya te vayas serás una quimera
que simbolizó en síntesis lo moro y lo español.

Cuando vibra en tus manos la negra castañuela
el tigre del instinto por tus ojos se encela
y es un triunfo tu cuerpo de peineta a tacón.

Y al rasgarse las cuerdas siento que en la guitarra
se canta por la gloria de tu carne que amarra
con claveles de sangre los flecos del mantón.

SONETO

El puñal de los ojos los cachorros encela
de todos los instintos del furor español,
y vibra en los caireles de la cruel castañuela
todo el prodigio y gloria de la tierra y del sol.

El ritmo de las carnes sintetiza en el músculo
el milagro fecundo de la raza del Cid
y en los brazos se esfuma todo un bello crepúsculo
y en los pies las hazañas de un jaleo toril.

En el puñal ardiente y audaz de la mirada
 quedó prendida mi alma cual flor ensangrentada
 y mi sangre fué púrpura del rojo pañolón.

¡Salve, Pastora Imperio, por tu perfil que traza
 la síntesis gloriosa de tu múltiple raza
 y porque tú eres una triunfal resurrección!

NOTA.—El artículo sobre Pastora Imperio se publicó en «Las Últimas Noticias» el 11 de Enero de 1916.

Se lamenta después de haber perdido el tiempo, pues apenas pudo leer en ese día una novela de France y un libro americano...

Tiene después una nota que dice:

Fuí a ver a María y a su hijo, que tal vez es mi hijo?

Nada más sobre este asunto. ¿Dudó siempre que fuera su hijo? ¿Es contradictorio el poeta? Nunca hablaba a nadie de sus amores y en sus relaciones con la señorita Paul es solamente romántico y sentimental.

Luego anota:

...Concebí «El Juicio Final», «El Juicio Final» constará de siete portadas con siete intermedios. Tendrá un *Omega* y un *Alfa*. Constará, además de cantos y pasajes, de escenas o partes, de libros y partes.

«Hoy iniciaré mis *Libros apócrifos*, mis *Soliloquios* y *Diálogos*, mis *obras teatrales* y mi *Es:ética unimúltiple*.

Aquí concluye el *diario*. Hay más detalles de sus proyectos de arte y bocetos de poemas, en todo se nota una gran inquietud. Algunos creen que el poeta era algo, ... demasiado

ególatra, y algo desequilibrado, porque le gustaba hablar de todo y de todos.

Gustaba hablar; sabía que era un gran conversador, y que lo escuchábamos con gusto.

Si este preámbulo no fuera lo que es, una especie de prólogo, yo diría muchas cosas curiosas de este gran temperamento; si he sido tan lato, si lo he seguido a través de sus incoherencias y balbuceos ha sido para demostrar que este hombre no era el subversivo feroz que malos gobernantes entregaron a jueces que no eran mejores y a carceleros, más verdugos que carceleros.

He entregado al hombre con sus dudas y sus afirmaciones, he demostrado que era una quimera en marcha y un buzo de la eternidad, el público comprenderá lo que no digo y volverá su corazón hacia el poeta que tanto valía y que tan humano era.

¡Los subversivos!

¡Qué socorrida es esa exclamación! es como un biombo fabricado expreso para ocultar ignominias. La voz de la venganza esgrime esa frase como un ariete. Hoy al que se quiere perder se le acusa *subversivo*, en la época de Gómez Rojas se hacía lo mismo.

Yo he visto a la policía patear a los niños menores que lloraban abrazados al padre, que por subversivo se arrancaba del hogar, golpear a mujeres encinta por la misma razón. Cuando fui obrero, un jefe policial, al que le arrendé mis brazos por muy poco dinero, cuando debió pagarme exclamó:

—¿Y qué esperas tú, *roto subversivo*? Que no te di el *diario* para que comieras? Andate antes que te mande amarrado por subversivo!

Se asaltó la Federación de Estudiantes, se asesinó a obreros en el norte y en el sur, se encerró a mucha gente, y como si hubiera sido poco, se asesinó lentamente a Domingo Gómez Rojas.

* * *

Como una repetición infinita, inextinguible, sale de mis labios la pregunta-protesta:

¿Por qué se eliminó a Gómez Rojas?

El, como Almafuerite, sabía que «hay una bestia que se arrastra en las sombras, amamantando su dolor en las tetas amargas de la desesperación. Ese animal ululante y sombrío que es el hombre.

«Amasado con el barro cósmico de la Biblia o engendrado en las entrañas de una mona, llega siempre a esta síntesis invariable: polvo. Y después de polvo: nada!» (1).

Porque sabía esa verdad elemental se dedicó a cantarla, con bella precisión, con sombría entereza. Temía la muerte; pero la buscaba. Tal vez estaba, como dicen los comentadores cuerdos, un poco—un poco nada más—loco, lo suficiente para despreciar el prejuicio, saber del sacrificio y escribir hermosamente, lo suficiente para darse a todas las buenas causas y para despreciar el filisteísmo ambiente.

Una estrofa de un poeta español dice:

(1) «Mis profetas locos», por José de San Martín. Estudio: Almafuerite

Al hombre que tiene en poco
la ley que rige en el mundo,
con desengaño profundo
el mundo le llama loco.

Pero Gómez no estaba al margen del mundo, no tenía ninguna manía que lo singularizara, ni siquiera era melenudo, ni vicioso. En el último tiempo—cuando lo mataron—desempeñaba un puesto en la Municipalidad, donde se portaba bien, como todos. Resultaba hasta un buen funcionario.

Allí le iba yo a ver con frecuencia, estudiábamos un plan de colaboración teatral que nos permitiera desarrollar una vasta labor. Nos separamos una tarde, después de charlar de cosas útiles y creo que bellas; nos despedimos para juntarnos al día siguiente y concretar nuestro plan de trabajo. Al día siguiente fui a la Casa Consistorial, subí despreocupadamente la gran escalera de piedra y llamé a la puerta de la oficina donde Gómez trabajaba. Se destacó un empleado y misteriosamente me dijo:

—No está.

—¿Llegará luego?

—No sabemos.

—¿Está enfermo?

—Está detenido por I. W. W.

Me fui en silencio. No volví a verlo más. Sólo llegaron a mis oídos y a mis nervios las versiones espantosas de su martirio, el proceso feroz donde la mentira tuvo significación pública y la justicia vistió de ramera.

Era signo del tiempo, de la evolución que busca una forma, un cauce, un alma nueva para adaptar al cuerpo social.

Murió Gómez; los carceleros no solamente lo trataron mal a él, sino a su señora madre, a la que insultaron soezmente. La manifestación de duelo fué imponente, diríase que las fuerzas vivas de la protesta, unidas iban a clavar su bandera en el corazón de la tiranía; pero no fué así. Apenas salida de la necrópolis la muchedumbre, siempre teatral e impersonal, comparsa siempre, se disolvió y despersonalizó. ¿Y los restos del gran poeta, del gran defensor del pueblo? Allí quedaron cubriéndose poco a poco de olvido.

Cuando empezaba a escribir estas líneas vino a verme un estudiante. Le hablé de Gómez Rojas, no lo había oído nombrar. Solamente han pasado trece años desde su inmolación y ya los estudiantes—ojalá sean pocos—a cuya falanje pertenecía lo desconocen completamente...

* * *

Como no quiero hacer comentarios respecto de su muerte, copiaré dos cartas aparecidas en «Juventud», la revista de los Estudiantes que dirigía Roberto Meza Fuentes, a quien le deberá el público el haber sabido conservar la obra de Gómez a través de las infinitas vicisitudes de su vida tan variada, tan agitada, tan fecunda en acontecimientos.

Muchas bizarrías se dijeron, discursos ardientes, se formularon promesas formidables, pero todo quedó en palabras.

Santiago Labarca, perseguido por las autoridades, dijo un discurso hermosísimo y desapareció. ¡Siempre el teatro! Siempre el teatro...

Doy a continuación la *Elegía* de la poetisa Srta. Berta Quezada, un gran espíritu que ha laclado.

Gómez Rojas: Amigo, compañero,
yo te vengo a rezar:
Quiébrese mi palabra en el azul lejano
donde tan sólo tú sabías caminar!

...Hermano, tengo miedo de haberte despertado,
tengo hinchados los párpados a fuerza de llorar
y la palabra roja tiembla en mi carne humana
incapaz de crear!

Para escucharme, hermano, hazme de adivinar.
Avara de tristeza, sobre mi corazón
te arrullo en esta hora sin hora del dolor.
Hermano, tú lo has dicho: pálpame el corazón.

UNA CARTA DE GOMEZ ROJAS

Santiago, 14 de Septiembre de 1920.

Sr. Daniel Galdames.

Estimado amigo:

Ven a verme, te necesito con urgencia; estoy tan mal del espíritu, del ánimo, de la salud. (¡Este maldito cuerpo es un fardo que me agobia torpe y cruelmente!)

¡Ven!

Quiero decirte ven! Como diría un hombre frente a su hermano. Ven.

Hace veinte días no leo un solo libro; no escribo un solo

verso; no anoto una impresión, y la vida, hermanito, me golpea brutalmente, rudamente!

Yo soy un maldito corazón hecho hombre! Un indefenso y desnudo corazón de niño! Todo me hiere, me abofetea. No maldigo de nada, pero tengo a la vida perra frente a frente. Hoy, más que nunca desprecio a los imbéciles, a los que sirven situaciones e intereses creados, que son incapaces de comprender.

José Astorquiza es un hombre sagazmente torpe para ser cruel. Yo para él no soy estudiante, no soy hombre, no soy siquiera un perro! me trata en forma odiosa.

Ascuí, el alcaide de esta cárcel es un jesuíta, una ponzoña viva... etc.

Ven, hermano, ven! El viernes es día de visita para los *subversivos*, de 12 a 3 P. M. Ven, si puedes, el domingo o el viernes, (el domingo en la mañana de 10 a 12 A. M.) O ven el jueves. Traeme libros, hermano. Pídele a Guzmán (1) y dile que soy siempre el mismo, franco y leal, que más hoy que nunca todo mi corazón es sinceridad y afecto para con él, y tú, Daniel, recibe el apretón de manos cordial de quien te estima con caluroso afecto fraterno.

J. D. GOMEZ ROJAS.

Trae papel bueno, tinta y plumas. Vale.
Dirección: Cárcel Pública. Galería 1.

J. D. GOMEZ ROJAS.

Creo que no hacen falta mayores comentarios.

A. ACEVEDO HERNANDEZ.

(1) Ernesto A. Guzmán, el altísimo poeta.

YOISMO

1

Ante la paz de los caminos rezo
la oración de las almas y las cosas;
yo soy un peregrino cuyas rosas
se deshojaron del dolor al beso.

Yo soy un peregrino que ya empiezo
a subir las encuestas dolorosas.
Del dolor abriré todas las fosas
al subir la jornada del bostezo.

Yo soy la encarnación del dolor mismo
y soy como una sombra en un abismo
y soy como un misterio en un misterio.

Yo soy la encarnación de mi infinito
yo soy un Ashaverus cuyo grito
es el alma de un trágico salterio.

2

Yo soy como un fantasma misterioso
que por la sombra de un abismo erra;
yo soy como un sonido doloroso
que vibrara muy lejos de la tierra.

Tal vez yo soy la sombra de un poeta,
de un poeta rebelde y visionario;
tal vez ya pertenezco a otro planeta
donde tengo mi altar y mi incensario

Mi yo es uno, pues yo no tengo hermanos.
Mis cantos son los rezos peregrinos
que nunca entenderéis si sois profanos.

Mis versos los escuchan los caminos;
a mi soplo brotan lirios los pantanos,
yo soy la encarnación de los divinos
—¡Cristo fué encarnación de los humanos!

3

La materia me agobia. Y en mis hombros
llevo el dolor de todos los soberbios.
La Materia me agobia y en mis nervios
se encarnan los genésicos asombros.

Ya más que la Materia soy fantasma;
yo sé que el lodo encierra la miseria,
pero que hacer; la forma es la Materia
y en la Materia la vida se plasma.

Yo quiero destruir las viejas normas
que plasman la materia con las formas,
yo quiero ser rebelde no vencido.

Los Hombres, los Humanos, todos, todos
habréis de regresar, en los exodos,
a las eternas noches del olvido.



LOS CAMINOS

Yo he visto por lo largo de todos los senderos
a la pobre bohemia de encantos peregrinos;
y fué en la caravana de los aventureros
cantando la canción de los caminos.

Muchos eran ladrones o troveros
(y más de algunos eran asesinos)
pero todos nos fuimos por los largos senderos
cantando la canción de los caminos,

Sangraron nuestras plantas; por la abierta herida
la sangre floreciente de los peregrinos,
cantaba las canciones de la vida
en el prelude errante de todos los caminos.

Y al fin nos despedimos; cada uno por su senda
se fué y no pudimos cada uno en su destino
a proseguir de nuevo las floridas leyendas
en los nuevos senderos de tus nuevos caminos.

PROFANACION

Las naves en silencio. Sólo algunos ancianos turbaban la quietud con arranques de tos y las beatas devotas y cristianas rezaban, temblorosas una plegaria a Dios

El altar irradiaba. La cera de los cirios lloraba gota a gota sus lágrimas de luz, mientras alguna ingenua pensaba en los martirios de la Virgen María y el Mártir de la Cruz.

El órgano sonoro
tocó una antífona desde el coro
y empezó el sacerdote a dar la comunión;
y cuando recibías la blanca hostia de harina
un monaguillo imbécil en tu boca divina
posó larga mirada llena de tentación.

DÍSTICO

(PENSAMIENTO TRISTE)

Una sombra corrió por tus pupilas
como un fantasma en actitud doliente.
A lo lejos sonaron las esquilas
de las ovejas blancas, tristemente.

La noche se hizo. Las blancas corderas
perdiéronse en la sombra lentamente,
entonces tuve miedo y en tu frente
yo palpé el frío de las calaveras.

Tuve un presentimiento. Vi tus manos
de cera, carcomidas por gusanos
y vi opacos tus ojos que bendije

y mis ojos lloraron, mientras tanto
me preguntaste el porqué del llanto
y el por qué de mi llanto no te dije.

DÍA DE LLUVIA

(EN EL PUERTO)

Hay algo de tristeza en el paisaje
la mañana
penetra con su luz por mi ventana
a mi ser interior y es como ultraje
al fastidio sin fin de mi tristeza.

Aunque trate
de no ver el paisaje exterior, miro
en una pieza
que hay frente a frente a la ventana mía
dos viejecitas: una que bosteza
y otra que lentamente bebe mate...

Yo siento no sé qué melancolía.
De vez en cuando pasa por la calle
un transeúnte que fuma un cigarro
o pasa algún chiquillo que contento
pisa las pozas salpicando barro.

El paisaje brumoso
serpentea en los cerros, tortuoso
y se desliza por las calles planas.

RONDEL

Eres bonita, blanca tu frente,
tus ojos son azules sueños de oriente
pero engañas como serpiente.

Tus ojos son azules sueños de oriente,
miran como soñando lánguidamente,
pero... tú engañas como serpiente,

Tus ojos; cristalinas aguas de fuente,
cada uno de tus ojos es transparente
pero... tú engañas como serpiente.

Besar tus labios quiero muy vehemente,
verme en tus claros ojos como en la fuente
pero... ay engañas como serpiente.

YO TE PERDONO

Acercóse hasta mí, miróme un rato,
tembló su labio en su queja muda
y yo vi en su pupila el fiel retrato
del que pide perdón, vacila y duda.

Entonces vi rodar por su mejilla
una lágrima ardiente cuya huella
tenía aquel fulgor que tanto brilla
cuando rasga el azul fugaz estrella,

Y temblando me dijo «Visionario,
no albergues en tu pecho negro encono,
acuérdate del mártir del Calvario
sé como Cristo y dí «yo te perdonó!»

Y mis ojos miró con mucha pena...
—¡que al llanto de mujer yo no resisto!
y al besarla pensé en la Magdalena
y pensé que también yo soy un Cristo...

TRÍO

Entre la correvuela
el grillo canta
y hay en su ritmo agudo el ritornelo
un aire de confusa serenata.

Para formar un coro,
en una charca,
gorgorita el sapo un Padre Nuestro
y tiemblan las visnagas sobre el agua.

Para formar el trío
la verde rana,
con su ronco cuac cuac de contrabajo
ensaya su garganta;
y como enamorado de la luna
el trío empieza su loca serenata.

LO QUE DE CRISTO-MARTIR, ME DIÓ UNA
GOLONDRINA

Y lleno de amargura oré a Cristo divino
y oré con tanta fe y tan mágica unción
que mis lágrimas eran sangre roja cual vino...
y vi el duro Calvario... la trágica visión...

Y Cristo agonizaba; un chorro purpurino
de sangre, le brotaba del rojo corazón
y cuando agonizaba, el aire rompió un trino
el cual se amalgamó con mi amarga oración.

Y entonces murió Cristo.

En su frente divina

vino a posarse leve tímida golondrina

que arrancó a la corona con su pico una espina...

Había terminado la trágica pasión;

y cuando desperté hallé una golondrina

que clavaba una espina en mi corazón.

EL PARQUE DORMIDO

Sendas que se bifurcan todas blancas de luna;
árboles que proyectan sus formas recostadas;
escaños solitarios; fuentes cuyas cascadas
remedan una orquesta. Sobre la gran laguna
la brisa orla su peplo. Pilastras con jarrones
donde el fauno sonríe con sus belfos lascivos
mientras la ninfa mueve sus dos flancos esquivos
dando a su cuerpo esbelto violentas contorsiones...

Cada estrella ha encendido su blanco lampadario.
Cada árbol es como un perfumado incensario
que entonara las glorias del parque florecido;
y vagando por los aires indefinibles notas.
Mientras las fuentes ríen sus carcajadas rotas
llora la luna un salmo sobre el parque dormido.

✓ JESÚS

Jesús, flor en el martirio,
Jesús, fuerza hecha flor,
amor que supo el delirio
de gozar en el dolor. •

Te quemaste como un cirio
en la cera del amor
y perfumaste cual lirio
el fango lleno de horror.

Como tu infinita pena
que comprendió Magdalena,
Jesucristo, yo amo tus
dolores de incomprendido.
¡Oh profeta escarnecido!
Martirio, Videncia y Luz.

ILUSION

I

Una hermosa
mariposa
de grandes y lindas alas
por aumentar sus galas
a un panal de luz voló,
pero la pobre insensata
sus alas sólo quemó...

II

Así también yo un día
por ti dejé la poesía
y volé tras de tu amor;
y vi de mi fantasía
las alas, en mi porfía,
quemadas ¡ay! con dolor!

III

Y desde entonces marchito
quedóse mi corazón
y tengo un proverbio escrito:
¡No vayas tras la Ilusión!

LA CANCIÓN DEL AGUA

Hay tantas melancolías
en esta tarde doliente
que rima monotonías
la fuente.

La tarde no está serena;
no está serena mi frente;
su llanto vierte en mi pena
la fuente.

Una profunda tristeza
deshoja el jardín muriente
y es como una voz que reza
la fuente.

Evoca un romance viejo
la fontana trasparente;
del infinito es espejo
la fuente.

Pienso con ingenuidad
que en sus canciones, doliente,
medita en la eternidad
la fuente.



SONETIN

Las prolongadas esperas
ponen en nuestros amores
la fiebre de tus ojeras
y el ansia de mis dolores.

Y en azules primaveras
la anemia germina flores
y en las angustias sinceras
fatigamos los ardores.

Y en lo blanco de tu frente
canta el estigma doliente
tu pasión que reverencio.

Y en mi rictus grave y hondo
sobre tu sexo redondo
gesta en espasmo el silencio.

La Sonrisa Inmóvil

“La tristeza me hizo
ser rudo trovador”.

Arcipreste de Hita.
(Copl. 1549).

ELEGÍAS POR MI MADRE

—Decidme: ¿Quién creéis
vosotros que sea el alma
más santa que tenga Dios
ahora en el mundo?

(Floreillas, Cap. XXX).

I

Has terminado en mí como en la fuente
que desgrana su chopo y que se agota.
Madre: soy tu canción, divinamente
presiento mi final, tu vida rota.

Porque yo he de morir con mi futuro:
nadie prolongará la canción buena!
y roto el chopo, sobre el lino obscuro
el agua mansa tendrá paz serena.

En mí tú morirás... En mi tristeza
morirá tu tristeza... Madre, has sido
un perenne milagro de belleza!...
Pero tu niño amado se ha dormido.

II

Madre: mi hermano duerme, duerme el frío
de las eternidades... y te espera
con la inmóvil sonrisa...

Hermano mío:
yo plantaré un rosal de primavera!

Yo ofreceré mis rosas al Dios bueno
para que así después, lejanamente
nos dé una vida, y un amor sereno,
y un jardín floreciendo y una fuente.

III

Amo las fuentes, madre; yo las amo
porque soy como un chopo de emoción
y porque como fuente me derramo
sobre el jardín florido de ilusión.

La música del mundo está en la fuente,
toda fuente es un símbolo profundo
que milagrosa y armoniosamente
derrama la belleza sobre el mundo...

Yo me perdí a mí mismo por las fuentes.
En una fuente mi alma está encantada...
Por eso soy extraño entre las gentes:
solo en la soledad más desolada!

IV

En una fuente mi alma está encantada....
La fuente de un jardín lleno de rosas!
Fuente que se desgrana, perfumada,
en divinas canciones milagrosas.

Mas la *Muerte* vendrá, vendrá! No hay duda!
vendrá a la fuente y la hallará desnuda,
y cuando con su mano la sacuda
la canción quedará por siempre muda.

Rota y muda la fuente de mi vida,
muda y rota la vida de mi fuente;
imperceptiblemente por la herida
sentiré que me muero lentamente.

V

He de morir.... Sobre la tierra fría
yaceré largamente, largamente...
En el mundo la luz será elegía
y roto ya el cristal de la armonía
se hará eterno el silencio de la fuente.

Con mi canción, mi propia muerte empieza.
Muda la fuente finará mi vida...
y en la tierra, hecha tierra mi tristeza
será lejanamente una belleza
que con la eternidad yace dormida.

VI

Madre: cuando haya muerto nuestra carne y el mundo;
cuando ausentes del cuerpo las almas tengan alas;
cuando armoniosamente lo invisible y profundo
nos lleve por divinas ascensiones de escalas:
supervive la esencia de mi triste palabra,
supervive tu amor, pues en él me consagro
para la vida eterna y espero que Dios abra
para tus santidades la mano del milagro.

Y cuando nos gocemos de la vida futura
supervive el pasado de este valle desierto
para que entonces, juntos, lloremos con dulzura
or esta tierra de hoy que será un astro muerto.

ELEGÍAS PARA MI HERMANO

I

De pronto una gran sombra por la estancia se advierte...
Todos quedamos mudos a la invisible suerte...
Temblando, por las sombras, pasó una sombra fuerte
y, todos sollozamos presintiendo a la muerte.

La carne de mi hermano tembló como aterida...
Mi madre, quebrantada, sollozó estremecida...
Fué un momento indecible de súplica a la vida...
Juventud de mi hermano para siempre dormida!

Salí al jardín... La fuente por siempre estaba muda.
Con un dolor enorme mi garganta se anuda...
Después lloré ...lloré... Sólo sé que en mi vida
temblaba por los cielos una estrella desnuda.

II

La noche se clavó por los cielos lejanos...
Dios tembló en los rosarios y tembló por las manos.
Un divino presagio retumbó en los arcanos
y se transfiguraron los destinos humanos.

Con mi alma toda en pena salí del aposento.
Sobre mi corazón gravitó aquel momento
como una eternidad...
En decir lo inefable pongo en vano mi intento...

El cielo era un inmenso árbol azul florido...
La eternidad pasaba con sus alas de olvido...
La emoción de los tiempos trasminó mi sentido...
Quedé solo en la tierra frente al cielo dormido!

SÚPLICA

Déjame, madre, solo frente al cielo dormido
no digas mal del cierzo ni pretextes querellas;
no importa que la noche me dé besos de olvido:
quiero sentir los ojos florecidos de estrellas!

¿Que me hará mal?—No importa, sólo así, madre mía,
tendré resignación de morir cuando muera
y podrá sonreirse de la melancolía,
con su sonrisa inmóvil, mi propia calavera.

INEVITABLE

Frente a frente a la vida
de un mundo desolado; peregrino
me interno por las sendas de mi herida
buscándome a mí mismo en el camino.

Frente a frente a la muerte,
por la senda infinita de tristeza
y abandonado a la invisible suerte,
morirá hasta mi amor por la belleza.

Frente a frente a Dios mismo
—diáfana el alma de divinidad—
temblando ante lo inmenso del abismo:
he de morir por una eternidad!

DIVINIDAD

Como un milagro siento que la vida
florece con la sangre de mi herida.

(Sobre mi corazón pongo la mano....
Siento que se pudre mi tristeza).

El éxtasis de Dios es mi belleza
y el éxtasis de Dios no está lejano.

(Tiembla mi corazón estremecido:
sobre mi corazón Dios se ha dormido).

ETERNIDAD

Amo la vida eterna! Alzado ante la suerte
por camino invisible me alejo de la muerte.

El camino invisible tiene una gran tristeza,
y un polvo milagroso de divina belleza.

(Con los ojos abiertos frente al cielo infinito,
en la hondura del éxtasis hecho alma y luz palpito)

Voy a la vida eterna: profundas son mis huellas;
tiembla sobre mis carnes la luz de las estrellas!

CORAZÓN

A veces se trasluce en mis pupilas,
un corazón divino que me tiembla
y, en el silencio de mis labios quietos,
el rumoreo de una fuente interna.

(Frente al cielo dormido, por las noches
signan mi carne y mi alma las estrellas).

(Frente al paisaje, como en un milagro,
siento el ritmo profundo de la tierra.)

Niño de la emoción, va por el mundo,
mi corazón divino de belleza.

ÉXTASIS

Ante el santo paisaje me detengo
con la solemnidad de alguien que mira
la belleza de Dios: virgen desnuda!

Y como blanca mano sobre el labio
siento que la palabra se me adentra
como un grumo de miel, y que me callo

Y así, frente al paisaje, a la divina
belleza del paisaje, sólo siento
la sensación imperceptible y diáfana
de no sentir la carne ni la vida....

Y el éxtasis de Dios me inunda todo!

HUMILDAD

Cuando duerma,
en el hondo negror de la tierra profunda,
el sueño del cual nunca se despierta;
cuando me duerma,
en el hondo negror de la tierra profunda,
y arriba, lejos de la tierra,
sigan abriendo los cielos
sus jardines eternos de estrellas;

cuando duerma,
en el hondo negror de la tierra profunda,
cerrados los ojos y mudos los labios,
grillos en la boca, grillos en las cuencas,
cenizas mis huesos y polvo mi carne,
muerto entre los ^{mi}puertos;
entonces, cuando duerma,
en el hondo negror de la tierra profunda
seré otro puñado de tierra
un puñado de tierra.
Entonces, cuando duerma,
ante el infinito del mundo y lo eterno
seré un milagroso puñado de tierra.

Entonces, cuando duerma,
en el hondo negror de la tierra profunda,
seré como todos, ¡Dios mío!
Un puñado de tierra,
olvidado de todos.

Entonces, cuando duerma,
en el hondo negror de la tierra profunda,
olvidado de todos ¡Dios mío!
Solo, solo y en la sombra eterna,
olvidado de todos, seré como todos
¡Dios mío! un ¡puñado de tierra!

Motivos sobre la Belleza

A R S.

La belleza inmortal no resiste la norma
de la muerte, del ritmo, del tiempo, y de la forma:
a veces en la música de algún verso se enreda
o un símbolo deja su tactación de seda.
Inefable y desnuda se va del pensamiento;
pero a veces: ¡milagro supremo del momento!
transfigura en divinos los éxtasis humanos,
torna en estrellas de oro los carnales gusanos...
y misteriosamente, y silenciosamente,
la eternidad nos pasa temblando por la frente.

POESÍA

Que la emoción sagrada cada verso sacuda;
el ritmo silencioso tenga su imagen muda,
y así como en la clave la música se anuda,
se enhebre en las estrofas la belleza desnuda.
El verso es una música cuyo ritmo es Dios mismo:
Una fuente es el símbolo de su voz cristalina;
debe nacer signado por algún asterismo,
debe enredarse al viento como una golondrina,

debe ser perfumado como una mujer fina,
debe tener el alma de una lejana estrella;
una mujer desnuda no debe ser más bella;
sólo así el verso es santo y su voz predestina
como música nueva, milagrosa y divina.

SABIDURÍA

Ama la vida eterna! Prolonga tu camino
y amarra con estrellas al tiempo tu destino;
adora lo invisible! Con tu propia tristeza
transfigura a tu antojo la divina belleza.

Postrado ante ti mismo di tu sabiduría
y execra al sol y al mundo por su monotonía...
Después, ya nada importa, y aunque tu alma se aterra
serás polvo en la inmensa pequeñez de la tierra.
Después, ya nada importa, y aunque mi alma se aterra
vuelve a ser un humilde puñadito de tierra.

BELLEZA

Ama sobre las cosas la belleza divina,
aquella que se escapa del verso y de la fuente,
aquella que es como una nota musicalina
dormida en el silencio de un mundo, eternamente.

La belleza divina, presentida y lejana,
como la blanca estrella de un gran cielo ignorado,
de un gran cielo florido con la luz suprahumana
de la visión de todo tu amor ilusionado...

Y así, cuando te duermas en la tierra, dormida
tendrás en tus ensueños un éxtasis profundo,
tendrás jardines símbolos y sabrás el sentido
de una eterna y divina belleza para el mundo.

Los jardines de la Muerte

HUMANIDAD

Como todos los hombres: un ejemplo,
un bautismo de estrellas....

Raza humana:
será mi corazón una campana
llamando a los milagros de tu templo.

Tienen muchas estrellas tus confines
y han florecido nuevas inquietudes:
con el calor de nuestras juventudes
demos eternidad a los jardines.

¡Amarrad con estrellas los destinos!
¡Dad al cielo los vientres de la raza!
¡ante el futuro que las sendas traza,
dad simientes de sol a los caminos!...

ALMA



Ya mi alma está de par en par abierta.
(rechinaron los goznes de la puerta)...

Ya por los laberintos de mis dudas
entraron, lentamente, las estrellas desnudas.

Un sol invertirá mi limbo oscuro;
(nacerá, fatalmente, lo futuro)...

Ya mi alma está de par en par abierta.
(La eternidad sobre la tierra muerta).

EL INSTANTE

Otro milagro inmenso transfiguró el destino
y a la muerte de un día se abrió un nuevo camino.

Resucitó lo eterno con un paso seguro
y pasó otro momento cargado de futuro.

El instante armonioso pasó por el abismo,
transfiguró los cielos y prolongó a Dios mismo.

Por el vital prodigio se estremeció la suerte
con todas las raigambres de la vida y la muerte.

Los tiempos rechinaron en la invisible puerta,
lo vivido ya muerto se perdió por la sombra,
¡la eternidad estaba de par en par abierta!

Por eso, cuando hayamos ya muerto, mis hermanos,
para el mundo tendremos la sombra entre las manos.

En este mismo instante tan fugaz y profundo
recomienza la vida verdadera del mundo.

(Ante el milagro enorme que prolonga lo eterno
yo me desdoble como si tuviera dos almas).

Este instante que pasa ¡vida eterna en mi vida!
la eternidad futura de Dios mismo despierta,
y en este mismo punto ¡para siempre dormida!
queda otra eternidad eternamente muerta....

MOMENTO

La belleza infinita que eterniza el momento
pasa por el paisaje.

Una sola garganta,
son las aves, el mar, el bosque y el viento:
oid, toda la tierra, divinamente, canta!

Hasta el silencio mismo tiene su voz que reza;
cuánta forma invisible, cuánta campana muda!
El cielo se abre en astros de sagrada belleza!
Mirad, cómo la noche se hace virgen desnuda!

Abrid, abrid los ojos; este instante que alienta.
prolongando los tiempos con su *timón* profundo,
se hizo para nosotros, para que el hombre sienta
que su alma está forjada con el alma del mundo.

DIOS

La voluntad inmensa que empujó mi destino
y me echó por la tierra dándome forma humana,
es la misma que impulsa los tiempos y la vida.

La voluntad inmensa que hace rodar los astros,
la que empuja los potros de la noche y el día,
es la misma que espanta la sombra de la muerte.

Con aliento visible viene de lo invisible,
con fuerzas manifiestas viene desde lo ignoto,
con inefable música pone miedo en las almas.

Con momentos eternos hace abrirse los cielos,
con milagrosas químicas renueva los jardines
lejanos donde tiemblan mundos desconocidos.

Con las originales palabras del silencio
traduce los presagios de un Dios no revelado
que en siglos venideros se mostrará a los hombres.

Ante esa voluntad que empujando la vida,
estremece los tiempos y hace soñar lo eterno
y da madres y vírgenes a la tierra y los cielos.

Ante esa voluntad que sellará mis labios,
se hará polvo mi cuerpo, desnudará mi alma,
y un silencio profundo impondrá al vicio humano.

Ante esa voluntad que me forjó en el mundo
contra la carne triste, contra el alma divina:
siento que soy eterno, hijo de Dios, divino!

AUTO-RETRATO

La voluntad divina que echó a rodar los astros
—la que empuja a la vida, la que a la muerte encierra—
con mil signos de estrellas predestinó los rastros
de mi ruta mortal y fatal por la tierra.

El horóscopo azul de invisibles cadenas
—bajo cielos inmensos, eternos y profundos—
vertió en mi forma humana la sangre por las venas
y sometió mis carnes al ritmo de los mundos.

Con horror nunca visto me enfermó de tristeza,
con filtro envenenado vació mi frente obscura
y puso en mí estas ansias por la inmortal belleza
y esta sed implacable por la vida futura.

Y ruedo por la tierra con una fuerza extraña
que me empuja al camino y ensangrienta mis huellas,
pone flores y espinas y dolor de montaña
en mi amor miserable por pastorear estrellas.

Y camino... camino. Por la noche y el día
sobre mi sombra el tiempo su ácido negro vierte
yo sé qué, fatalmente, por la tierra sombría
soy un muerto que vive esperando a la muerte.

MOTIVOS

I

Palidez de marfil, las femeninas manos
acarician con alma todas las pobres cosas
y ponen en la frente de los buenos hermanos
un cerco florecido de estrellas y de rosas.

Yo espero que el futuro se tornará divino
para las almas tristes que apretuja la suerte
y que tus manos guíen mi sombra en el camino
para llegar desnudo de dolor a la muerte.

II

Profundo hondor dolido de los ojos amados,
párpados dulcemente nimiados por las venas,
con el mirar habéis dejado ilusionado
mis jardines floridos de estrellas y azucenas.

Yo he pensado morir con mis fuentes mudas
bajo el silencio enorme de este pálido invierno
y no tendré en la tierra las vírgenes desnudas
con que soñé en la vida dormir el sueño eterno.

III

Poca es la pena de esta vida,
mas la gloria de otra vida es
infinita.

Floreillas. Cap. XVII.

La senda de la muerte la cruzaré algún día
llevando a las espaldas la sombra del olvido
y envuelto en las marañas de la melancolía
lloraré el llanto amargo de los que no han vivido.

Con las cuencas abiertas y las manos cerradas
en un vuelo haré el círculo luminoso y sonoro,
llevaré en las dos órbitas las visiones amadas
y en las manos un número de estrellitas de oro.

Llegaré donde Dios. Cantarán en los cielos,
ángeles, serafines y bienaventurados,
mi madre llorará de gozo, y sus anhelos
serán como el perdón de todos mis pecados.

IV

La tierra sufre el largo rodar del tiempo y sabe
de las nubes errantes y el tiempo vagabundo;
por la ruta del hombre, por el vuelo del ave
pasa sólo un instante la eternidad del mundo.

Madre: tú me pusiste por los largos senderos
de la vida y la muerte; tú signaste mi frente
con tus húmedos ojos floridos de luceros
y me ataron tus manos a Dios eternamente.

V

Morirás en la espera de un amor y tu vida
será un finir muy hondo y un dolor para ti;
será tu juventud, virgen desconocida,
y una sombra tu espíritu mientras estés aquí.

Tu propio corazón dará sangre a la herida
que te hace ser divino y triste porque sé,
no tendrás un amor en la tierra dolida
y no podrás ya nunca decir: todo lo dí.

Sabrás que fuiste solo... Nada importa si un día pudieras ¡oh, poeta! ser fantasma sin sombra y, fantasma, soñar con tus versos eternos.

Y muerto, esa suave melancolía de amar y ser amado por la mujer que nombra con tus versos, tu nombre sobre tus labios tiernos.

VI

La vida milagrosa ya no tiene belleza para mis ojos tristes, para mi alma cansada; la humedad de la tumba, ¡oh, divina tristeza! ¿Cuándo estaré, Dios, bajo la paz de tu mirada?

La obsesión de la muerte por mi espíritu reza un treno inevitable de angustia desolada; yo voy como un espectro por la tierra que empieza a morir en el círculo de la eterna jornada.

Sin embargo, estos ojos que ahondan lo profundo, esta frente que tiembla, estos labios que callan, este cuerpo que arrastra lo divino y lo impuro;

sueñan una lejana resurrección del mundo, sueñan con otra vida y hasta en el morir hallan el signo del silencio que anuncia lo futuro.

VII

Yo he seguido la vida paso a paso:
siempre me fué madrastra, madre sólo al acaso.

Yo soñé la ilusión con la belleza:
y se enfermó mi espíritu de incurable tristeza.

Yo cifré un gran amor por lo divino:
llamé a Dios y mi voz se perdió en el camino.

Fatigado, a la muerte, clamé en llantos heridos:
la muerte estremeció sus racimos podridos.

.....

CAMINANTES

—Con los primeros claros
vírgenes de la alborada:
¿adónde vais soñadores?
—¡A la Ciudad Encantada!

—¿Adónde van vuestras huellas
vagabundos del olvido?
—Por los caminos de estrellas
al Astro Desconocido!

—Sin astros, camino obscuro,
¿adónde vais, paso incierto?

—Por las rutas del futuro
a ver a Dios, por si ha muerto!

SOBRE TUS OJOS DE MUJER

Sobre tus ojos de mujer
se habrá de cerrar un día
el sol de un atardecer.

En tus dos pálidas manos
se apagarán los fulgores
de los luceros lejanos.

Sobre tus labios marchitos
pasará la eternidad
con sus besos infinitos.

Y cuando yazgas dormida
la muerte dirá en tu oído
que un hombre te amó en la vida:
yo también me habré dormido.

POEMA

En tus ojos se duerme la belleza
de los cielos lejanos y dormidos,

El éxtasis de Dios y su tristeza
tiembla en tu corazón con sus latidos.

Lucero de la tarde, por mi vida
has pasado divina y soñadora.

Toda la luz del mundo se hizo mía
cuando fuiste la luz de mi poesía!...

Sólo la muerte cerrará mi aurora.

POLVO Y VIENTO

Hoy caen los crepúsculos de mi alma
y dormido me encuentran las auroras;
tengo tantas estrellas en mi ensueño
que hay un divino azul hasta en mi sombra.

Es tan honda la noche de mi espíritu
que en un éxtasis vivo su belleza
y la muerte se acerca hasta mis besos
como virgen vestida con estrellas.

Yo dormiré algún día bajo tierra
y ni mi sombra vagará perdida;
no seré ni recuerdo, ni fantasma,
ni amor lejano, ni canción perdida.

Sólo entonces, tal vez, duerma tranquilo,
sin inquietud alguna... Las estrellas
seguirán en los cielos, y los hombres
viviendo sus dolores por la tierra.

Y yo estaré tranquilo con el polvo
sobre mi corazón, sobre mis labios;
pasarán los millones de centurias...
habrán muerto y nacido muchos astros...

Así quiero dormir bajo los siglos,
vestido con el polvo de lo eterno:
yo que rodé cual lágrima en el mundo
quiero apenas ser polvo sobre el viento.

EN ESTE CORAZON TIEMBLA LA TIERRA

En este corazón tiembla la tierra...
Yo soy campana humana sobre el mundo...
He sentido caer muchas estrellas
sobre mi pobre corazón desnudo.

En este corazón tiemblan los astros...
La belleza del mundo está en los cielos...
(Dormiré muchos siglos hecho polvo
con la serenidad de un sueño eterno).

En este corazón tiembla la muerte...
Fuimos canción perdida sobre el mundo...
Poetas y hombres: fuimos polvo humano
rodando en lo infinito de los tiempos.

En este corazón tiembla Dios mismo...
La eternidad que tiembla ante el silencio...
Al cerrar nuestros párpados nos vamos (1)
y nunca más; nunca más volvemos!

(1) Hay una corrección. Parece que la primera expresión del final de este poema era la siguiente: «Al cerrar nuestros párpados llevamos—una noche divina y un ensueño». Tal vez le pareció más profunda la expresión con que lo terminó; pero yo doy el primer final en esta nota para dar una mayor sensación del gran espíritu del poeta.—N. del C.

VOY POR EL MUNDO...



Voy por el mundo y soy apenas sombra
de lo divino que decir no puedo...
Amo tanto los astros y la noche
que pienso que tal vez llevo dentro
de mis ensueños de hombre,
en mis cansados ojos, mucho cielo.

Amo tanto a la muerte, que la vida
para mí es un instante de los tiempos,
por eso amo a la sombra del camino
por donde van los muertos.

Por eso estoy soñando con la muerte,
—futuro de silencio—
es que ya tengo dentro de mis ojos
todos los astros hechos noche y cielo.

Voy por el mundo y soy apenas sombra
de lo divino que decir no puedo.

MUJER...

I

Mujer: tú eras crepúsculo cuando caí en tu vida
como una inmensa aurora. Lo quiso así el destino.
(Yo que soy campo yermo, soy montaña florida).

Hoy ya nada nos resta de este mundo, mujer,
lo que fui, lo que fuiste, jamás volverá a ser.

II

Estoy solo y soy sombra. Los últimos ocasos
se fueron y fué inútil abrirle al sol mis brazos...
(Ya la noche del cielo y de la tierra vierte,
en mi vida que sueña, los pomos de la muerte)

Estoy bajo la noche: mis ojos taciturnos
oh, muerte! esperan sólo tus luceros nocturnos.

EN EL CONVENTILLO

En alguna pieza de aquel conventillo
una maquina cose sin parar
y su trique-traca cesa si el ovillo
se acaba, más luego volverá a empezar.

Sigue el trique-traca. La aguja se agita
sobre el blanco lienzo de un futuro ajuar
y mientras trabaja la costurerita
piensa: ¿cuándo ella formará un hogar?...

Y piensa en un joven que era muy buen mozo,
que ya ostentaba su naciente bozo,
que ya sabía lo que era el «amor»....

Y la maquinita en su tic-tac presta,
parece gemir ayes de protesta
por la costurera: virgencita en flor....
.....

Suena el acordeón y hay tanta tristeza
en el conventillo que a su triste son
aúllan los perros y en alguna pieza
llora algún chiquillo... gime el acordeón...

A lo lejos suena, quizás en la esquina,
un pianillo eléctrico que echa un diapasón
de notas; se alegran allá en la cantina
los beodos tristes... se oye el acordeón
como un llanto largo.

Mientras yo me alejo
toca un aire triste, es un vals muy viejo
que llora recuerdos, nostalgias de amor...

... Y ladran los perros y son sus ladridos
como las protestas de tantos heridos
que en el conventillo muerden un dolor.

EL POEMA FUTURISTA

Presiente las auroras mi exaltación de artista
y canta el devenir y canta la conquista
de los astros. Bien: sea mi canto futurista!

(En la historia moderna, abstrusa y anodina,
marca sus epopeyas el ínfimo segundo
y es que sentimos hondo la amplexitud divina
de la cosmogonía. Sabemos que en el mundo
—donde cada ser deja, voltejeando, sus huellas—
sabemos que el instante es supremo y profundo,
pues en cada segundo
nacen flores o estrellas!....

Cada segundo deja su estelación, su rastro!
Cada instante es un himno de suprema belleza!
Sabemos que el dolor del átomo o del rastro
es sentido muy hondo por la Naturaleza,
sabemos que el amor del hombre o del microbio
es grande!—Ya lo he dicho: nada en nada es oprobio—
Tan sublime es la lágrima que se vierte en el llanto
como la nota que se desgrana en el canto!
Todo es eternamente nuevo y original
y todo es armonía y ritmo ascensional.

I

Ilotas del pasado:—vuestros torsos brillantes
por el sudor y el sol, las siluetas gigantes,
los músculos fornidos, las triunfadoras testas,
los huesos de la frente cabizbajas o enhiestas,
me dicen del esfuerzo, me dicen del dolor
de todas las tragedias que escribiera el sudor
y la sangre en los surcos por el dolor, fecundos—
Vosotros ignorábais que hubiera otros mundos!
Os evoco a millones a través de la historia
en la exaltación trágica: Gloria in excelsis, Gloria!

Sembradores del surco:—vuestros pulmones sanos
hinchados por el aire donde esparcís los granos
que besa el sol, la luz; la amplitud de las manos
en la siembra de gérmenes por las tierras abiertas
al milagro, al misterio de la fecundación,

me dicen del retorno, de la resurrección
 que acalla las secretas e internas amenazas
 Vosotros ignorábais a las futuras razas!
 Os evoco en leyendas cantando la victoria
 en el himno pantésico: Gloria in excelsis, Gloria!

Mineros de la tierra:—vuestras negras figuras
 fatigadas, que arrastran por las minas oscuras
 los jadeantes esfuerzos de las musculaturas
 que a veces a ellas mismas se hacen las sepulturas
 cuando un dinamitazo, cantando las hazañas
 del progreso, desgarras las vírgenes entrañas
 de la roca; las manos sangrantes, los dolientes
 gestos de la angustia, las sudorosas frentes,
 y los ojos enfermos de no ver la luz, los ojos
 que saben de carbones transformados en rojo
 zafiros y de esfuerzos en oro transformados,
 me dicen del milagro de la luz y el carbón
 cantando en el misterio de la consubstanciación.
 Oh minero que marcas por los antros tus huellas—
 Os olvidáis a veces que existen las estrellas!
 Os evoco, mineros, en mi débil memoria,
 os evoco titanes: Gloria in excelsis, Gloria!

Nómades del desierto:—vuestras negras pupilas
 que soñaban con fuentes y lagunas tranquilas,
 vuestros rostros quemados por el beso del sol,
 vuestros ojos que vieron la gloria del crisol,
 vuestros labios reseco por la sed, la garganta
 que en las plenas angustias por las angustias canta,

vuestros ojos que vieron los mirajes ambiguos
del desierto y que vieron los dos ojos antiguos
de la esfinge, me dicen vuestra fiebre de guerra—
Vosotros no supisteis cuán extensa es la tierra!
Os evoco en las largas y tristes caravanas,
Gloria in excelsis, Gloria, por las razas humanas!

FRAGMENTO DE UN POEMA ESCRITO
EN LA PRISIÓN

Yo que tengo lejanos jardines en la luna
y reinos invisibles en estrellas lejanas
y princesas dormidas de embrujada fortuna
y reinos interiores y cosas extrahumanas,

Yo que tengo un silencio de armonía profundo,
gravitando con ritmo de misterio en mí mismo;
yo que siento y que vivo la belleza del mundo:
jamás podrán hundirme en el «pequeño abismo».

Basta que mire al cielo y llame a las estrellas
para arrullarlas dentro del corazón transido;
basta que, cara a cara, diga a Dios mis querellas
para que Dios conteste: «¡Hijo! ¿te han afligido?

Por eso nada importa, Madre, que a tu buen hijo
los pobres hombres quieran herir: ¡Piedad por ellos!
Piedad, Piedad, Piedad! Mi amor ya los bendijo:
que la luz de los astros les peine los cabellos!

ELEGÍAS

I

Cielo azul y sol de oro. Un vuelo de palomas,
y errantes golondrinas y un tañer de campana;
y nostalgias de angelus, de vésperos y aromas
y una visión de ensueño: la casita lejana.

Y mi madre en silencio, llorando mi tristeza
es en este crepúsculo una rosa de invierno
que mustian los ensueños de una clara belleza
y deshojan los vientos que vienen de lo eterno.

Tu dolor, madre mía, mi dolor, no son nada.
Sobre esta tierra huraña, de quebranto en quebranto,
cerremos nuestros párpados, la pestaña mojada,
y alcemos nuestro ensueño sobre el valle del llanto.

II

Tú que has sido una santa tendrás paz inefable
y músicas de coros de bienaventurados
y yo habré de llegar al país admirable
de la leyenda de oro de reinos encantados.

Soñemos. Algún día sobre una tarde, juntos
sentiremos rumores, voces que están llamando;
la voz de nuestros muertos que soñamos difuntos
y que hace mucho tiempo nos están esperando.

III

Haya paz en tus ojos y perfume en tus manos.
Desde un hervor que espanta, éste, tú hijo maldito,
te ama por sobre el tiempo, por sobre los arcanos
y ha de seguir tus huellas por el mismo infinito.

Más allá de la muerte, de cielos o de avernos...
Más allá de los astros te seguirá mi paso;
alma, sombra o fantasma, o tendremos que vernos
o un mismo hondor de tierra será nuestro regazo.

Un hueco con cenizas. Todo mi amor lo espera.
Sueña con tu hijo, madre. Sueña tu alma que clama
que nuestra fe inmortal rompe nuestra huesera
y a la sutil ceniza la transformará en llamas.

IV

Sin ti, madre, la vida sería un don maldito;
una infame limosna de la carne sufriente;
pero tu amor, es rosa y es cristal inaudito,
es la divina música y es penserosa fuente.

Hace ya muchos siglos que te vivo y te siento.
Mi tristeza es belleza de un extraño destino,
hacia ti me llevaba este o ese otro viento
hacia tu eternidad ese o aquel camino.

Como tú eres eterna, como tú eres divina,
como sobre tu frente caminaron los astros;
me creaste divino por gracia peregrina:
la eternidad, sumisa, seguirá nuestros rastros.

Por ti, la raza humana, madre, se transfigura
ante mis pobres ojos, por tu amor se redime
la carne y la pasión. Por tu inmensa dulzura
nació en mí la piedad para el hombre que gime.

¡Dolor de ser tan triste y tener que ser bueno
porque siempre en mi frente siento que están tus manos;
¡dolor de ser dulzura para tanto veneno
y de tener el alma puesta en astros lejanos!

¡Dolor, madre, dolor, de escribir mi elegía
por darte en rosas pálidas un secreto tesoro!
¡Dolor, madre, del canto que profanará un día
un mendigo, un tirano y el becerro del oro!

¡Dolor, madre, dolor de tener que cantar
porque un nudo fatal se anuda a la garganta;
dolor de no poder odiar, y amar, amar
a un pueblo vil que deja poner en sí la planta!

¡Dolor, madre, dolor de tener que vivir
sobre una tierra pura que mancha el rico inmundo!

PROTESTAS DE PIEDAD



I

En esta Cárcel donde los hombres me trajeron, en donde la injusticia de una ley nos encierra, he pensado en las tumbas donde se pudrieron magistrados y jueces que hoy son polvo en la tierra.

Magistrados y jueces y verdugos serviles que imitando, simiescos, la Justicia Suprema castraron sus instintos y sus signos viriles por jugar al axioma, a la norma, al dilema.

Quisieron sobre el polvo que pisaron, villanos.
ayudar al Demonio que sanciona a los muertos
por mandato divino y en vez de ser humanos
enredaron la urdimbre de todos los entuertos.

Creyeron ser la mano de Dios sobre la tierra,
la ira santa, la hoguera y el látigo encendido,
hoy duermen olvidados bajo el sopor que aterra,
silencio, polvo, sombra, ¡olvido! ¡olvido! ¡olvido!

II

Y pienso que algún día sobre la faz del mundo
una justicia nueva romperá viejas normas
y un futuro inefable, justiciero y profundo
imprimirá a la vida nuevas rutas y formas.

Desde esta Cárcel sueño con el vasto futuro,
con el tierno sollozo que aun palpita en las cunas,
con las voces divinas que vibran en el puro
cielo bajo la luz de las vírgenes lunas.

Sueño con los efebos que vendrán en cien años
cantando himnos de gloria resonantes al viento;
en las futuras madres cuyos vientres extraños
darán a luz infantes de puros pensamientos.

Sueño con las auroras, con cantos infantiles,
con alborozos vírgenes, con bautismos lucentes:
que los astros coronan a las testas viriles
y su claror de seda es un chorro en las frentes.

III

Desde aquí sueño, Madre, con el sol bondadoso
que viste de oro diáfano al mendigo harapiento,
con las vastas llanuras, con el cielo glorioso,
con las aves errantes, con las aguas y el viento.

La libertad del niño que juega sobre un prado,
del ave que las brisas riza con grácil vuelo;
del arroyo que canta, corriendo alborozado;
del astro pensativo bajo infinito cielo;

La libertad que canta con las aves y es trino,
con los niños, es juego; con la flor, es fragancia;
con el agua, canción, con el viento divino
véspero, errante aroma de lejana distancia.

Todo es nostalgia, Madre, y en esta Cárcel fría
mi amor de humanidad, prisionero, se expande
y piensa y sueña y canta por el cercano día
de la gran libertad sobre la tierra grande.

TRENO

I

Sobre tu pobre esqueleto
y tu vida de fantasma
Dios plasma sombras y plasma
un misterioso secreto.

Sobre el horrendo pecado
de tu podre y tu laceria
vivirán en la miseria
los hijos que has engendrado.

II

Sacándote del olvido
en que por siempre has vivido
vengo a decirte al oído:
«¡Hombre justo, hombre fuerte,
no le temas a la suerte
que te prepara la muerte!»

Sopla vespéral caricia
sobre jardines doliente
y están llorando las fuentes
de la suprema justicia.

Ha de llegar a tu lado
por divina providencia
para dictar tu sentencia
el más alto magistrado.

III

Ya su mano se levanta
formulando su dilema:
«Ésta justicia suprema
nunca vibró en tu garganta».

O bien: «Si a tu mano plugo
detener la injusta ley,
tú eres mi siervo o mi rey
o mi esclavo o mi verdugo».

Y esas dos manos que oprimen
con un crimen otro crimen
sentirán que un Dios eterno,
desde los cielos nos llame,
y que ese Dios por ti clame:
«¡Ese juez, para el infierno!»

GESTA RAZA

A LAS RAZAS
QUE EN LA CONJUNCION
DE LA SANGRE
CANTARON
LAS EPOPEYAS HEROICAS
QUE SON UNA PROFECIA
Y UN PRESENTIMIENTO
DE LAS GRANDES
RAZAS DEL FUTURO,
DEDICO
ESTE CANTO:

J. D. G. R.

Antifona: «En el nomme del Parde que fizo toda cosa,
et de don Jhesuchristo, fijo de la gloriosa,
et del Spiritu Sancto, que equal dellos posa,
«en verso de Berceo» quiero fer una prosa;
Quiero fer una prosa en román paladino:
y por eso en mi canto de américo-latino
para ser muy humano, (siendo así muy divino),
dirá mi JESTA RAZA su verso alejandrino».

Gloria in excelsis Deo!.... La España resucita
en la América joven su alma plena de luz,
alma de Don Quijote, de Cid, alma infinita;
España: Cid, Quijote, Teresa de Jesús!
Salve raza gloriosa!.... En la América traza
el alma Quijotesca su lanza y su blasón
y es como un simbolismo de amor para la raza
Don Quijote que canta nueva resurrección!
Don Alonso Quijano vaga por las llanuras
cantando nuevos himnos de Patria, Amor y Fe
y en plena comunión con las razas futuras
en la América puso Don Quijote su pie!
Su pie de vagabundo que en el prelude errante
de todos los caminos dejó su huella audaz....
y marcha Don Quijote sobre su rocinante
con el polvo cubierta la soñadora faz!

Gloria in excelsis Deo!.... En la Canción de Gesta,
y al cantar nuevos himnos de Fe, Patria y Amor,
evoco las leyendas heroicas donde enhiesta
se yergue—esfinge altiva—la del Cid Campeador.

Alma hidalga en la corte y en los campos guerrera,
El Cid tuvo por lema su Dios, su dama.... el rey
y canta su apoteosis la invencible cimera
que infundía pavores en la Morisca grey:

Quijote de la guerra, Quijote de la audacia
trazó por las llanuras,—bajo la luz del sol,—

la sangre de Castilla que proclama la gracia
y lo heroico de todo caballero español....

Salve raza Gloriosa!.... A veces en mí, siento
florecer en las venas, soñadora y gentil,
la sangre de los árabes.... y hasta escucho el lamento
que gimiera en la historia por Granada y Boabdil!....

Gloria in excelsis Deo.... En divina locura,
como un lotus que abriera plenamente el capuz,—
aparece extasiada Santa Teresa, pura
como Amor hecho carne; como carne hecha luz!

Sor Teresa es el símbolo de Fe y es la santa
plena en locura y plena de gracia espiritual
y el salterio que canta por ella siempre canta
su exaltación como hembra Quijote del Ideal;

y bien, es la Quijote que tuvo la quimera
de vivir el ensueño de su Reino Interior
y que en florecimientos de Eterna primavera
sintió el goce más hondo gozando en el dolor.

Como toda su raza sintió sed infinita
de Amor y de Martirio, de Fe y Eternidad:
por eso sor Teresa seas siempre bendita
en plenitud de Gloria, de Amor y de Verdad!

Salve raza gloriosa que empiezas otra egida
cantando nuevos himnos para tu exaltación
toda tú te renuevas en floración de vida
y es para ti la América nueva resurrección!

Salve raza gloriosa, Salve madre fecunda
porque tú eres como una polipétala flor
que se yergue en la sangre como toda jocunda
como inmensa protesta, como beso de amor!

Salve raza por todos tus símbolos divinos,
por el Cid y el Quijote y por Teresa y por
que en el preludio errante de todos los caminos
tu voz diz nuevos himnos de Fe, Patria y Amor.

Y más que todo eso mi verso alejandrino
te canta por la misma prosapia de que soy
y porque en la barbarie de la Europa tu sino
no se mancha en la sangre del gran crimen de hoy....

«MISERERE»

«La juventud, amor, lo que se quiere
ha de irse con nosotros. ¡Miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere
morirá en el futuro. ¡Miserere!

La tierra misma lentamente muere
con los astros lejanos. ¡Miserere!

Y hasta quizá la muerte que nos hiera
también tendrá su muerte. ¡Miserere!

CREPÚSCULO PROFANO

...Y tocan las fanfarrias las cantinas,
afuera saltan, juegan los muchachos.
Adentro, hay mucha gente, sus inquinas
refieren temblorosos los borrachos.

Uno relata con los ojos gachos
la traición de pupilas asesinas,
otro habla con gestos vivarachos
de sus muchas conquistas peregrinas.

Así la charla sigue. Siempre algunos hacen reír con chistes oportunos o con sentencias dichas de ocasión.

Pero la charla deja de ser amena cuando alguno refiere con gran pena las últimas crueldades del patrón.

II

Entonces todos callan. En las frentes se marcan las arrugas. Alguien gesta horrenda maldición. Los imprudentes interrumpen a veces. La protesta se escapa de los labios inconscientes. El más indiferente atención presta y más de algún borracho en sus ardientes iras formula un rudo: Por la cresta!

Y siguen los beodos, sus palabras son blasfemias horrendas y macabras o bien son un gemir de rebelión.

A veces interrumpe los bullicios alguna cueca que expresa sus vicios en las notas de algún viejo acordeón.

III

Cuando pasan los ciegos, un espasmo
sacude a los borrachos y la beoda
multitud se enardece de entusiasmo
mientras tocan un vals que está de moda.

A las puertas se agolpa mucha gente
que escuchan embebidas las cantatas;
las notas son alegres o dolientes
y evocan perfumadas serenatas.

Serenatas de amor tras de las rejas,
serenatas de amor con muchas quejas
donde solloza triste algún violín.

Serenatas de ingenuos trovadores
que alivianan a los graves señores
de sus largos períodos de esplín.

IV

Los ciegos son modernos trovadores
que vagan por las urbes turbulentas
tocando tangos que hablan de traiciones
o valeses tristes o canciones lentas.

Y son como la loca caravana
que marcha vagabunda de ilusiones
que tiene la tristeza por hermana,
y tiene por fortuna sus canciones.

Los ciegos tocan, cantan; los ociosos
aumentan el grupo de curiosos
hasta que al fin se acerca un guardián.

A veces se suscita brutal *boche*,
mientras tanto a la luna en plena noche
le canta un gallo o le ladra un can.

V

Los rostros tienen algo de fiera
cuando aun el licor no los domina;
y en más de alguna frente hay la tristeza,
la tristeza del tedio que asesina.

A veces un borracho, la cabeza
apoya en el mesón de la cantina:
es que el licor a trastornarlo empieza
con el velo fatal de su morfina.

A veces pasa algún bohemio errante
que sueña con la estrella más distante
y pide en la cantina algún licor.

A veces pasa el que será suicida
y pide para el tedio de la vida
algo que le anestesie su dolor.

VI

Allí concurren todas las mujeres
que cayeron al lodo cuando un día
hizo falta el trabajo en los talleres
y en la casa clavó su garra fría

la miseria. Allí van los mercaderes
de la prostitución. Los que a porfía
buscan en la cantina los placeres
para acallar su gran melancolía.

Allí también concurre el emigrante
que al rostro de la suerte lanzó el guante
y al rostro de los hombres maldición!

Allí está el vagabundo aventurero
que ha maldecido con su gesto fiero
el siglo de la civilización.

VII

Allí llegan también los fracasados
los cobardes dolientes de la vida

los que nunca supieron ser amados
los que nunca han tenido una querida.

Los que han cruzado todos los caminos
los que han sufrido todos los dolores
los que nunca en su sed de peregrinos
bebieron «El amor de los amores».

...Y allí llegarán todos, todos, todos
los que vean que al fin de sus éxodos
no han sabido siquiera eternizar.

Y en la cantina que es templo de vicio
oficiarán el postrer sacrificio
cual nuevos sacerdotes de otro altar.

VIII

Y si acaso al final de mi jornada
de mi ruta de triste incomprendido
veo que con mi esfuerzo no hice nada
y veo que en la lucha estoy vencido.

Iré también allí y en mis dolores
recordaré la burla de los necios
y la mueca de los que, triunfadores
premiaron mi labor con sus desprecios.

Y entonces junto con la imbécil tropa
de los profanos, alzaré mi copa
y romperé con odio su cristal.

Y cuando salga de la turba inquieta
recordaré mis tiempos de poeta
destrozando tal vez, un madrigal.



EL POETA EN LA CÁRCEL

«Juventud» Número del Día
de la Primavera, 1920.

La prisión injusta exacerbó en Gómez Rojas esa obsesión de la locura y de la muerte que constituye el leit motiv de su arte. Ya en 1914 escribía en un poema a la locura: «Exprime locura divina el cerebro—pon tus dedos largos en mi frente pálida—y haz que pueda olvidar un instante: la Vida, la Muerte, la Carne y el Alma.—Tu vesanía vierte en mi médula enferma,—pon tu beso de fiebre en mí para—que en videncia unimúltiple pueda—colgar al Dios Mito en la estrella más alta».

Y, posteriormente, cuando era su voz más depurada ya y más serena, decía con versos de una grave majestad bíblica:

«Nos habemos de morir: ¡moriremos!

Después: nos pudriremos.

Ante la eternidad: polvo seremos.

Quizá Dios mismo nos dirá: «¡Blasfemqs!»

Tal vez todos, por El, nos condenemos.

¡Moriremos! ¡Moriremos! ¡Moriremos!»

Los títulos de sus libros: «La Sonrisa Inmóvil», (el dibujo que quería para portada era una calavera coronada de rosas), «Los Jardines de la Muerte», «Las Fuentes Encantadas».

En la Cárcel soporta resignadamente los sufrimientos: sueña confiadamente en «el cercano día de la gran libertad sobre la tierra grande». Ve a la muerte a su lado como a una buena amiga, rejuveneciéndole el corazón. Se presentará ante ella puro y desnudo como un niño, hablará a su madre en palabras inefables de perdón y de olvido: su voz entonces llega a ser sublime y se disuelve como una fuente en el silencio. Pero a veces más que la bondad que fluye cristalina de su corazón puede el pensamiento en la injusticia que lo encierra, que amarra sus alas libres, que ata sus manos que son la única ayuda de la madre que ya va a dejar el mundo y del hermano que apenas empieza a conocerlo. Entonces Gómez Rojas ve en su muerte un medio para una alta finalidad.

«¡No he de morir en vano!» grita. Después maldice, impreca, protesta. ¡Cuánto sufriría su fina sensibilidad al verse tratado en forma humillante por gente inferior que no lo comprendía ni lo comprenderá! Entonces brotan sus trenos tan distintos a sus elegías piadosas y armoniosas.

Poeta grande en el amor y en el odio, no hay página suya de la cárcel que no deje en quien sepa leerla un fuerte y sombrío estremecimiento: pide a la madre perdón para los jueces, o bien, pensando en los sufrimientos de ese pobre ser abandonado maldice a sus verdugos y sus generaciones, pero siempre es el poeta maravilloso que en cualquier tiempo y en cualquier país dejará una huella áspera de pasión y de vida.

Gómez Rojas, que además de enorme lírico fué un hombre preocupado y consciente de la vida de su tiempo, tomó parte activa en la discusión de los acuerdos de la Convención Estudiantil, y más de una vez la aprobación de un voto avanzado se debió a la claridad con que supo defenderlo. En la Cárcel seguía, atento y estudioso, el movimiento del mundo. En una pequeña libreta llevaba anotaciones de lo que él sabía por los diarios y las visitas de sus amigos. Hizo también algunos estudios de métrica y de latín. Trazó el plan de tres futuros trípticos dramáticos. Se fijó la obligación de iniciar una campaña depuradora en la asamblea política a que pertenecía, una vez salido de la Cárcel. Empero ya en estas acotaciones de sus *normas de acción*, como él las lla-

maba, se nota cierta incoherencia, precursora de la enfermedad que el pésimo régimen carcelario, unido a la severidad del señor Astorquiza, fué agravando día a día. Habla en sus apuntes con cariño de su madre, de su hermano, de sus amigos. Hay líneas tiernas hasta las lágrimas. En una parte se lee: «Mi madre me cuenta que Antuco dice: «¡Si yo fuera grande!» Es toda su protesta viril ante la vida. Esa es toda la pequeña filosofía de mi buen hermanito». Y más abajo: «Esta noche leí «Pan» de Knut Hamsun». Domingo Gómez Rojas seguía con interés el movimiento intelectual. Tiene por ahí, anotado: «Mañana Wallace Humphrey hablará sobre Walt Whitman». Recuerda a los amigos que lo han ido a ver en el día, lo que le han dicho, lo que le han llevado.

Traza para su vida de poeta un plan que, desgraciadamente, no podrá cumplir: «Yo debo ser el cantor de la Raza Greco-Latina: en mi libro «Las Llanuras» debo cantar las llanuras del Lacio» y «Agro Romano».

Debo ser el cantor de Hispania: en «ibídem» debo cantar «La llanura castellana», «La llanura manchega»; Don Quijote, Rui Díaz, Santa Teresa.

Debo ser el cantor de Galia: en «ibídem» Lutecia divina, Roma, Italia deben ser cantadas por mí. «Trans Tiber», «Post Tiber».

Debo cantar, ¡oh gloria! el pasado legendario, el presente de inquietud, zozobra, vagos anhelos, presentires, esfuerzos, luchas y el futuro, oh inmortal gloria!, ¡glorioso destino! «Ruta de astros, mares, montañas, llanos de la América Latina»,

Debo, pues, ir a España, Italia, Portugal, Francia. Recorrer toda Sud América y sobre todo, ¡Chile!»

Así escribía el 27 de Agosto en la Penitenciaría. Parece que en ese establecimiento, purificada su alma por el dolor, que él aceptaba gustoso si servía para redimir a sus hermanos, su producción era clara, serena, amable. Una sola vez impreca: es en esa su fuerte «Protesta de Piedad», en que habla «de magistrados y jueces y verdugos serviles». Después sueña en los hombres futuros que llenarán la tierra de bondad, en las madres que darán al mundo hijos bellos y puros. En la Cárcel blasfemaba. Y se comprende: los malos tratamientos de la Cárcel herían su dignidad y la impotencia para defenderse lo hacían estallar en blasfemias y maldiciones. ¡Bien merecidas las tienen quienes apresuraron el final de una vida que pudo ser mucho más fecunda de lo que fué en su gloriosa brevedad!

Cuando el Ministro señor Astorquiza ordenó ponerle esposas, grabó una inscripción en la pared de su celda en la Penitenciaría.

Las noches eran para él terribles. Sin poder dormir, tenía en la celda vecina a la suya un hombre que tal vez se había adelantado en su locura y que tenía la manía de golpear monótona y secamente, como un péndulo. En su poema «Los muertos de la Cárcel», escrito la noche del 30 de Agosto de 1920, tiene una anotación: «El loco golpeó 64 horas, a razón de 200 golpes por hora: 10,000 catrazos». Esa página es un documento desgarrante: con rayitas

extendidas en todas direcciones, formando figuras inverosímiles, Gómez Rojas, fué indicando los golpes, equivaliendo cada una a un golpe. Desesperado, Gómez fué después poniendo números en las rayitas y sumando hasta obtener los cálculos que anotaba. Era la anticipación de su locura que le iba horadando lentamente el cerebro en las noches de insomnio a través de las murallas de la celda del lado.

Después volvió nuevamente a la Cárcel.

Cuando por primera vez estuvo allí, anotó en su libreta: «Cárcel Pública, a las 10.20 A. M. Incomunicado. Aquí muere la libertad de los hombres, pero nace la libertad del pueblo. Me tocó la celda donde había permanecido Julio Valiente, que dejó esta inscripción: «Estar preso por la libertad del pueblo no es un delito; es una satisfacción».

El 31 de Agosto anota: «Hoy dejé la Penitenciaría: me trajo el agente Agustín Muñoz por orden del S. M. en V. y de su secretario. A las 10 A. M. estoy Hotel Ascui. Veo mi ex celda, la 462. Estoy detenido hace 37 días. Son las 10.10 A. M.»

Aquí fué donde comenzó el martirio: varios días sin comer, o comiendo mal, ocultándosele la lectura que pudo hacerlo olvidar; amordazándolo cuando gritaba en los comienzos de su enfermedad; amarrándolo y tirándole baldes de agua, negándole las visitas hasta a su apoderado; la Cárcel no hizo sino precipitar el trágico fin.

El día 14 de Septiembre hizo su última acotación. Dice: «2.º Día Losh Kaschuno, año nuevo,

según Calendario Hebreo 5681, ¿a contar de la creación del mundo? ¿o de la salida de Egipto? ¿o las Tablas de Moisés?»

Deja Gómez Rojas, además de sus versos de la Cárcel, que constituyen de por sí un bello y sentido volumen, un libro de crítica literaria y pictórica, una novela, dos o tres libros de poesías, un poema dramático y otras obras inconclusas en prosa y verso.

Además de su poderosa inteligencia original, Gómez Rojas era un estudioso incansable y universal: quiso cultivarse en todo sentido y puede decirse que de los de su edad, y de los de más de su edad, nadie lo aventajó en conocimientos generales.

Por haber caído en manos, además de arbitrias, incapaces de apreciarlo, se malogró para el país y el continente este hombre que pudo ser su más alto prestigio.

CARTA DE UN PRESO

Compañero Ugalde: (1)

Como usted sabe o al menos tiene noticias respecto a lo acontecido al compañero Gómez Rojas, pues yo ayer hablé con unos de mis compañeros en la sala del estadístico que confirmó todo lo que antes me hacían saber por correspondencia, es decir, que se le tiene sin comer hace días, está desnudo y engrillado y con esposas, solo en una galería. Lleva tres días gritando, estando ya afónico de tanto gritar, pues para hacerlo callar se le han puesto mordazas y le tiran agua, creyendo que se está haciendo loco; por eso ruego a usted haga opinión prensa y demás compañeros, porque único causante esto es el Ministro Astorquiza.

(1) Pedro León Ugalde.

Dígale a los apoderados de los reos vengan a hablar por la reja para decirles todo lo que pasa, pues es pálido lo que digo respecto a lo que va a venir, pues demás compañeros también sufren ya las consecuencias y creo también se van a volver locos varios de ellos, pues algunos de ellos ni duermen de noche, pues la mayoría son padres de familia y esto los concluye mucho.....

.....

(Suprimida la firma).

Cárcel, Septiembre de 1920.

INDICE

	<u>Págs.</u>
A manera de Prólogo.....	5
Yoísmo.....	31
Los Caminos.....	34
Profanación.....	36
Dístico.....	38
Día de lluvia.....	40
Rondel.....	42
Yo te perdono.....	44
Frío.....	46
Lo que de Cristo-Mártir, me dió una golondrina..	48
El parque dormido.....	50
Jesús.....	52
Ilusión.....	54

La canción del agua.....	56
Sonetín.....	58

LA SONRISA INMOVIL

Elegías por mi madre.....	61
Elegías para mi hermano.....	65
Súplica.....	67
Inevitable.....	68
Divinidad.....	70
Eternidad.....	72
Corazón.....	74
Extasis.....	76
Humildad.....	78

MOTIVOS SOBRE LA BELLEZA

A.R.S.	81
Poesía.....	82
Sabiduría.....	84
Belleza.....	85

LOS JARDINES DE LA MUERTE

Humildad.....	87
Alma.....	89
El instante.....	90
Momento.....	92
Dios.....	94
Auto-Retrato.....	96

Motivos.....	98
Caminantes.....	103
Sobre tus ojos de mujer.....	105
Poema.....	107
Polvo y viento.....	109
En este corazón tiembla la tierra.....	111
Voy por el Mundo.....	113
Mujer... ..	115
En el conventillo.....	117
El poema futurista.....	119
Fragmento de un poema escrito en la prisión.....	123
Elegías.....	125
Protestas de piedad.....	129
Treno.....	132
Gesta Raza.....	135
«Miserere».....	139
Crepúsculo profano.....	140
El poeta en la Cárcel.....	147
Carta de un preso.....	154

